

CAMILA: GÉNESIS, FUNCIÓN Y TRADICIÓN DE UN PERSONAJE VIRGILIANO

1. *Del mito a la ficción. Génesis del personaje*

Un problema crucial, en lo que al argumento de la *Eneida* se refiere, es el de discernir los elementos tradicionales, propiamente mitológicos, de los ficticios o novelescos, inventados por el propio autor y siguiendo en ocasiones el modelo argumental de leyendas helénicas. El problema no es ajeno a otro de más vastas dimensiones que afecta por entero a la mitología romana y que viene planteándose desde hace siglos: ¿existieron en Roma, con anterioridad a los testimonios literarios, relatos tradicionales y autóctonos, independientes del mito griego? Niebuhr¹, en seguimiento de Perizonius², creyó efectivamente en la existencia de una épica perdida, tradicional, de la que habrían quedado huellas en los relatos sobre los orígenes transmitidos por los historiadores. Pero hay una fuerte corriente de opinión que rechaza su tesis³ y que hace hincapié en la estrecha conexión y probable dependencia de esos relatos sobre orígenes con respecto a los mitos griegos. H. J. Rose⁴ solucio-

¹ *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1827, pp. 268 ss.; *Vorträge über römische Geschichte*, I, Berlín, 1846, pp. 12, 86 ss.

² *Animadversiones historicae*, Amsterdam, 1685, p. 202.

³ Cf. A. Schwegler, *Römische Geschichte*, I, Tübinga 1853, p. 53; K. W. Nitzsch, *Die römische Annalistik*, Berlín 1873, p. 248; E. Meyer, *Geschichte des Altertums*, II, Stuttgart, 1893, p. 397; especialmente G. de Sanctis, *Storia dei Romani*, I, Turín 1907, p. 22 ss.; en la misma línea E. Bickel, *Historia de la literatura romana*, Madrid 1982 (=Heidelberg 1960), pp. 418-419; así también R. M. Ogilvie, *Commentary on Livy, books I-V*, Oxford, 1965, p. 109. Expone claramente la cuestión, inclinándose por la tesis de Perizonius, J. Gil «La épica latina tradicional», en *Estudios de Literatura Latina*, Cuadernos de la Fundación Pastor, 15, Madrid, 1969, pp. 11-41, esp. 19-21.

⁴ *Mitología griega*, Barcelona, 1973, pp. 301-328.

na tajantemente el dilema y habla de una «pseudomitología itálica» por considerar que en las leyendas sobre los primeros tiempos de Roma es demasiado evidente, en general, el modelo de la mitología griega. Pero la cuestión no tiene por qué resolverse con absoluta inclinación a un extremo o a otro, pues si bien es innegable entre los romanos la ferviente y temprana devoción por todo lo griego, y muy posible el influjo de Grecia en determinados relatos folklóricos romanos (la saga de los gemelos Neleo y Pelias en la de Rómulo y Remo, la de Escila en la de Tarpeya: son los ejemplos más citados), también lo es, como justamente reclama M. Grant⁵, que los griegos, a su vez, adaptaron muchos de sus mitos de culturas vecinas, siendo éste un fenómeno no insólito en la historia y no incompatible con la tradicionalidad de las narraciones: los mitos son perfectamente importables, como importable es la religión; y las leyendas locales pueden con el transcurso del tiempo y sobre todo al producirse su trasvase de la oralidad a la escritura, sufrir el influjo modélico de culturas ya literatas. Y desde luego, que existieron leyendas genuinamente romanas se deduce del múltiple testimonio de Catón, Cicerón y otros⁶ que se refieren a la costumbre antigua (y aún moderna según Dionisio de Halicarnaso I 79) de cantar en los banquetes las alabanzas de los mayores.

Y volvemos a la *Eneida*, obra que, aunque construída sobre un esqueleto legendario, presenta en su argumento —como desde Servio se ha reconocido— contaminación de la *Iliada* y la *Odisea*: los viajes de Eneas que ocupan la primera parte, con naufragio y escalas varias, son una recreación de los de Ulises, y las guerras de la segunda parte de la epopeya son a su vez transposición de los combates librados ante Troya⁷. Las epopeyas homéricas, modelo supremo del género mucho más que la obra de Apolonio, le proporcionaban a Virgilio el molde que había de rellenar. Para ello contaba con un escueto material tradicional⁸: la leyenda de Eneas, a la que debía dar cuerpo y extensión de epopeya. Sin negar nosotros la probable recurrencia en algún momento a leyendas autóctonas relacionadas subordinadamente con el viaje de Eneas, pare-

⁵ *Roman Myths*, 1973, p. 240.

⁶ Cat. *Orig.* fr. 118 P., ap. Cic. *Tusc.* 4,2,3; *Brut.* 17-18; 19,75, y cf. *de legg.* 1,24,62, Nonio *assa voce*, Quint. 1,10,20, y Val. Max. 2,1,10; Aul. Gel. *N. A.* 11,2,5; Serv. *ad Aen.* I 641.

⁷ Cf. G. N. Knauer, *Die Aenis und Homer*, Gotinga, 1964.

⁸ Sobre las fuentes de la leyenda, aparte de la *Eneida*, y muchas de ellas anteriores a Virgilio, v. A. Ruiz de Elvira, «Ab Anchisa usque ad Iliam», *CFC*, 19, 1985, pp. 13-34.

ce seguro que hubo también de inventar episodios echando mano de modelos míticos ya literaturizados. Vióse obligado, en suma, a incorporar la ficción a la mitología. Eso es claro, por ejemplo, en el episodio de Niso y Eurialo, cuya nocturna salida del campamento troyano está modelada sobre la similar de Ulises y Diomedes en el libro X de la *Iliada* (cf. Servio *ad Aen.* IX preliminares, y Macrobio *Sat.* V 9, 5 y 9, 8).

Pues bien, con respecto a Camila, la belicosa doncella de la nación volsca, hay también suficientes razones para entender que fue producto de la ficción, modelada sobre prototipos míticos griegos, más que de una tradición mítica romana⁹.

No faltan las opiniones, sin embargo, de quienes defienden su tradicionalidad y su carácter puramente autóctono¹⁰, pero contamos en su contra con el fidedigno testimonio del escoliasta Servio (*ad Aen.* I 3.7) —excelente conocedor de la mitología e instituciones antiguas—, que a propósito de la crianza de Camila trae a colación a una tal Harpálice, doncella legendaria en cuyas aventuras —según él— parece haberse inspirado Virgilio para la creación del personaje: *ita nutritam dicunt, ut ipse a Metabo facit*. La leyenda de Harpálice es, en síntesis, como sigue (cf. Higino, *Fab.* 193): Harpálice, hija de Harpálico, rey tracio de los amimneos, quedó pronto huérfana de madre y hubo de ser criada con leche de vaca y de yegua a instancias de su padre, y educada en las armas por él. Asesinado éste por Neoptólemo, puso en fuga su hija al enemigo y, encolerizada por aquella muerte, se retiró a los bosques desde donde hacía incursiones contra establos y rediles hasta que finalmente murió a manos de unos pastores. El informe de Servio (*loc. cit.*) añade ciertas variantes: que el padre de Harpálice no fue muerto por Neoptólemo, sino por sus propios súbditos a causa de

⁹ Aunque tampoco puede negarse, y hasta es probable, que el punto de partida fuera una leyenda romana: sabemos, por ejemplo, que Catón en sus *Origines* hablaba de Métabo de Priverno (fr. 62 P: *ap. Serv. ad Aen.* XI 567). V. sobre esta cuestión G. Arrigoni «Camila», *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma, 1984, pp. 628-631, que muestra cautela en atribuir la figura a un mito volsco. La famosa cista prenestina Pasinati (Museo Británico 741), en la que Brunn («Cista prenestina», *Ann. dell'Ist. di Corrisp. archeol.*, 36, 1864, pp. 356-376) creyó identificar grabada a Camila, parece ser una falsificación —si fuera auténtica, sería unos tres siglos anterior a Virgilio— y además la figura en cuestión puede ser perfectamente de Pentesilea o cualquier otra amazona. Por otra parte, sobre la topicidad del tema de la mujer guerrera en la épica de todos los países, cf. J. Gil, *art. cit.*, pp. 23-27, y E. Frenzel, *Diccionario de motivos de la literatura universal*, Madrid, 1980 (= Stuttgart, 1976), s. v. «Amazona», pp. 14-22. De cualquier modo los paralelos estrechos con modelos griegos sugieren una fuerte modelación por parte de Virgilio del personaje, acaso tradicional.

¹⁰ Así tajantemente G. Wisowa, «Camila», Roscher, *Lexikon* I, 1884-1890, cols. 848-849, y Th. Köves-Zulauf, «Camila», *Gymnasium* 85, 1978, pp. 182-205 y 408-436.

su tiranía; que la joven era extraordinariamente veloz, hasta el punto de escapar corriendo de los jinetes que la perseguían. Leyenda ésta de la que, aun siendo tradicional según nos testimonia Servio, no tenemos noticias de ella anteriores a Virgilio, pues él es el primero en nombrar a Harpálice en una corta alusión ejemplificativa (*Aen.* I 316-317) que pondera su rapidez en la carrera. El escenario geográfico en que se localiza, a saber, la Tracia, nos dice ya bastante de su origen griego¹¹. Así pues, previamente al relato virgiliano de Camila, existía una leyenda en la que con toda probabilidad se basó el poeta para la creación de su personaje. Rasgos de Harpálice que encontramos en la reina volsca son: su orfandad de madre, la especial relación con su padre, su vida en el campo al margen de la civilización, su educación en la caza y en las armas, su extraordinaria velocidad y, por último, su crianza con leche de animales¹².

¹¹ Por otra parte es curioso que en la película búlgara *Cuerno de cabra*, rodada asimismo sobre suelo búlgaro y recreando tradiciones legendarias de aquel país, aparezca un similar argumento en torno a la figura amazónica de una muchacha huérfana de madre, criada en la montaña con su padre entre el ganado y las fieras.

¹² Tópico aplicado muy frecuentemente a los héroes (cf. A. Ruiz de Elvira, *CFC*, 4, p. 131): Paris, criado por una osa (Apolodoro 3.12.5; Eliano, *V. H.* 12.42; y schol. *Il.* XII 93), los gemelos Pelias, por una yegua (Eliano, *ibid.*), y Neleo, por una perra (schol. *Il.* X 334 y Eustacio 1681, 52; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mit. Clás.*, p. 266), Mileto por lobas (Antonino Liberal, 30, de Nicandro), Ciro por una perra (Heródoto 1.95 y 110; Luciano, *De sacrif.* 5; Eliano, *ibid.*; Justino, 1.4.10; Porfirio, *De abstin.* 3.17 y Apolinar Sidonio 9.30 ss.: cf. G. Binder, *Die Aussetzung des Königskindes Kyros und Romulus*, Meisenheim am Glan, 1964); Licasto y Parrasio por una loba (Plutarco, *Parall. min.* 314 e, de Zópiro), Habis, rey de Tarteso, por varias perras y cerdas, y por una cierva (Justino, XLIV, 4), Télefo por una cierva, Rómulo y Remo por una loba, Eolo y Beoto por una vaca, Hipótoo por una yegua, Atalanta por una osa, Antíloco por una perra, la misma Harpálice por vaca y yegua (Higinio, *Fab.* 252: *Qui lacte ferino nutriti sunt*, entre otros varios testimonios, especialmente numerosos en el caso de Rómulo y Remo); y fuera ya del ámbito clásico, Sigfrido, que fue también alimentado por una cierva. Agradezco al Dr. Ruiz de Elvira las observaciones y precisiones que me ha hecho en este punto. Asimismo debo agradecerle el comentario que sigue a continuación. Los rasgos amazónicos de Harpálice, como posible anticipación de los de Camila, están nítida, aunque muy brevemente expuestos por el propio Virgilio en el aludido pasaje de *Aen.* I 316 ss. Típicamente amazónico es el detalle que consta en *Aen.* I 316 *qualis equos fatigat* en la interpretación más usual, a saber «entrena, adiestra, ejercita a sus caballos», que es la de Heyne-Wagner, quienes añaden *quod proprium Amazonibus*, aun cuando existe también otra, que es la de Ladewig-Schaper, y, sobre todo, Conington, según la cual *equos fatigat* significaría «cansa a los caballos corriendo más que ellos, dejándolos atrás»; así parece haberlo entendido Silio Itálico en su imitación de *Pun.* II 73 *Quales Threiciae... Iustrant... nemora alta... cursuque fatigant Hebrum*. Conington cita también a la Cleopatra, hija del Bóreas y de Oritía, y esposa de Fineo (v. *Mit. Clás.*, p. 280), criada en inaccesibles cuevas y «que podría competir con un caballo», esto es, «tan veloz como un caballo», *Βορεᾶς ἄμυμος* de *Antig.* 985, y el pasaje bíblico de Jeremías, 12, 5 «si te han cansado los corredores, ¿cómo podrías competir con caballos?». Ruiz de Elvira se inclina, pese a todos esos datos, por la primera interpretación como más obvia y natural. Hay que añadir, no obstante, como un apoyo más para la segunda, que la misma Camila, heredera de Harpálice, es presentada en *Aen.* XI 718-719 adelantando a un caballo en la carrera: *et pernicious ignea plantis/transit equum cursu*.

En segundo lugar, también la leyenda de las amazonas, relacionada con la saga de Hércules y de Teseo, y especialmente con la de la guerra de Troya, debió de incidir en la prosopografía y actuación de Camila. Pueblo éste, como se sabe, de mujeres guerreras que vivían en las orillas del río Termodonte, al norte de Asia Menor, de entre las cuales destacó una de sus reinas, Pentesiilea, conductora de la tropas llegadas a Ilio como aliadas de los troyanos, que habría de morir en el campo de batalla a manos de Aquiles. Este episodio se contaba en los poemas del ciclo épico, y sobre todo en la *Etiópide* de Arctino. Virgilio tendría perfecto acceso a esta fuente —así cabe suponerlo también, respecto de la *Iliupersis* de mismo Arctino, para su relato sobre la caída de Troya en el libro II—, y en ella podría haberse inspirado para dotar a su Camila de ciertos rasgos que ya estaban en Pentesiilea: éstos son, al menos, su carácter amazónico —Virgilio llama «amazona» a Camila en XI, 648 y 660—, su alianza en el bando de los perdedores y su muerte trágica en medio de la lucha¹³.

Contaba el mantuano además con el ejemplo de otra brava muchacha de la leyenda griega, Atalanta¹⁴, aquella cazadora criada en su niñez por una osa, que participó en la captura del jabalí de Calidón y que a la hora de elegir marido, dada su rapidez en la carrera, estipuló que no se casaría sino con aquel que la venciera corriendo. Estos tres rasgos: afición por la caza, crianza salvaje y velocidad extraordinaria los encontramos también en Camila. Varias son las fuentes de esta leyenda a la que nuestro autor podía haber acudido: una tragedia de Eurípides titulada *Meleagro*, para nosotros perdida, el *Himno a Ártemis* de Calímaco, una tragedia de Pacuvio, también perdida, titulada *Atalanta*, etc¹⁵.

Incluso para el nombre de Camila pudo Virgilio haberse acordado de aquel Camilo, conquistador de Veyos, personaje famosísimo que con sus hazañas individuales dejó muy por debajo en gloria a su general¹⁶. Así también las gestas realizadas por Camila en

¹³ Cf. A. M. Asserato, «Dall'Etiopide all'Eneide», *Scripta... Untersteiner*, Génova, 1970, pp. 51-58 y G. Arrigoni, *art. cit.*, esp. p. 630, que precisa: «da Arctino *Aithiopsis* a V. il passo non è diretto (contra Asserato 1970), in quanto tutta una tradizione —specialmente drammatica greca e latina, una anche epica— di cui molto si è perduto, riprese il tema di Pentesiilea a Troia».

¹⁴ Cf. G. Arrigoni, *art. cit.*, p. 628.

¹⁵ Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, Madrid, 1975, pp. 329-335.

¹⁶ Precisamente sobre la presencia de Camilo en la obra de Virgilio, v. M. Adele Cavallaro, «Camilo», *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma, 1984, pp. 631 ss.

la batalla superan en aquel momento a las de Turno, por quien luchaba.

2. *Camila en su contexto épico. Función del personaje en la Eneida*

Pero analicemos de modo unitario los textos de Virgilio. Nos presenta a la heroína a fines del libro VII (vv. 803-817) cerrando el catálogo de tropas que intervienen en la contienda: «Detrás de éstos llegó de la nación volsca la guerrera Camila con un escuadrón de jinetes y muchedumbres que lanzaban destellos de bronce. No estaban sus manos de mujer habituadas a la rueca ni a los canastillos de Minerva, sino que, manteniéndose virgen, se había acostumbrado a sostener duros combates y a adelantar a los vientos en la carrera. Podría volar por encima de mieses no segadas sin rozar con su pie las dóciles espigas, e incluso avanzar a través del mar, suspendida sobre las olas encrespadas, sin mojar en el agua sus veloces plantas. Toda la juventud desde las casas y desparramándose por los campos, y el grupo de las matronas, la miran embelesados y la ven pasar, pasmados y absortos al contemplar cómo cubre sus tersos hombros el regio adorno de la púrpura, cómo una fibula entrelaza con oro sus cabellos, cómo lleva además el carcaj licio y una vara de mirto, propia de pastores, terminada en punta». La actuación importante, sin embargo, se nos cuenta en el libro XI, cuya segunda mitad, casi por entero, se dedica a exponer sus hazañas y su aciaga muerte, así como a narrar en discurso retrospectivo puesto en boca de Diana (vv. 535-594) su vida anterior. Huérfana de madre, de la cual, sin embargo, ha derivado su nombre, es hija de Métabo, tirano de la ciudad de Priverno, que fue expulsado por sus súbditos a causa de sus excesos. Para contrastar esa presunta ferocidad del padre, nos lo pone Virgilio ante los ojos con su hija pequeña en brazos como única compañera de su destierro (*ipse sinu prae se portans* —efecto similar al de Mecencio, otro tirano feroz pero que tiene lágrimas para su hijo Lauso y palabras tiernas de despedida para su caballo (*Aen. X 843-866*)—. En su huida hacia los montes, antes de pasar el río Amaseno, el padre consagra la niña a la diosa Diana. Se instalan en la soledad de los bosques, donde Camila es criada con leche de animales y educada en la caza y en las armas. Andando el tiempo, desdeña todo matrimonio y mantiene su virginidad, fiel a su consagración a la diosa. Una vez que acude en auxilio de las

tropas rútilas, lleva a cabo una gran matanza (vv. 664 ss.), pero muere a traición por una lanzada de Arrunte, que a su vez es muerto, en venganza, por la ninfa Opis del cortejo de Diana. Tal es la historia de Camila, según Virgilio.

Concurren en el personaje una serie de facetas complementarias o contrapuestas que lo hacen ambiguo y bifronte, y tal vez por eso mismo atractivo: en primer lugar, es una mujer, pero es guerrera y sobrepasa la esfera de lo propiamente femenino (VII 805-806); en segundo lugar, las matronas la desean como nuera, pero ella sin poner en juego sus dotes se mantiene casta y virginal (XI 581-582); por último, pertenece al bando enemigo, pero el poeta se vuelca en dar entidad y realce a su figura, presentándola como amable a todas luces, del mismo modo que Homero con respecto a Héctor y a Troya en general.

El libro XI de la *Eneida* es, por su estructura, díptico y simétrico en sus dos partes: el corte se da justamente en la mitad del libro (vv. 445-467, que podemos considerar como pasaje bisagra, constando el libro de 909 versos). La primera parte está constituida por la asamblea de los latinos deliberando acerca de la guerra; un mensajero llega anunciando que Eneas y los suyos vienen de camino en son de guerra contra la ciudad: ésta es la fórmula de ruptura. La segunda parte es la batalla misma de la que Camila será protagonista. De manera que hay un fuerte contraste entre la primera dialéctica y dialogada, y la segunda, patética y narrativa: razonamientos y discursos que llaman a la razón frente a las vivas acciones que mueven al sentimiento. Perfecta y armónica compensación.

En la segunda parte de la epopeya, sustancialmente bélica, dedicada a cantar los hechos más específicamente heroicos y varoniles, la figura de Camila, aun a pesar de su reciedumbre insólita, introduce una nota de blandura en el crudo espectáculo de la guerra, una variación. Mientras en la primera parte, viajera, cada escala podía suponer el encuentro con una mujer —Andrómaca en el Epiro, Dido en Cartago, la Sibila en Cumas—, con una abundante concesión de papeles a lo femenino que se debe en buena parte al modelo odiseico, en esta segunda, las posibilidades que el argumento mismo ofrecía eran limitadas: los héroes Eneas y Turno luchaban por una tierra y por una mujer, Lavinia, y ése es el papel más frecuente de la mujer en la epopeya¹⁷, el de ser causa

¹⁷ Cf. G. S. West, *Women in Vergil's Aeneid*, Diss. Univ. of California-Los Angeles, 1975.

de guerras y discordias¹⁸. Fuera de ese caso, no le queda ya otra misión que la de ser colaboradora de uno y otro héroe, o por mejor decirlo, del héroe o del antihéroe. Tres mujeres —Amata, Camila y Juturna— sostienen en la *Eneida* la empresa de Turno, el antihéroe: son la triplicación de una única función: la de ayudante del antihéroe¹⁹, mientras que el héroe Eneas cuenta a su vez con la divina protección de su madre Venus.

3. Tradición en la épica latina

Herencia de Camila tiene ya la Dafne que Ovidio nos presenta en el libro I de las *Metamorfosis* (vv. 452 ss.), al menos en ciertos rasgos como su rechazo del matrimonio (478-480):

Multi illam petiere, illa auersata petentes
impatiens expersque uiri nemora auia lustrat
nec quid Hymen, quid Amor, quid sint conubia curat,

versos que remiten a *Aen.* XI 581-584:

Multae illam frustra Thyrrhena per oppida matres
optauere nurum; sola contenta Diana
aeternum telorum et uirginitatis amorem
intemerata colit.

También Ovidio nos presenta a Dafne gozándose en la vida

¹⁸ Así Helena, por quien se motivó la guerra troyana; Briseida, a raíz de cuyo rapto brotó la cólera de Aquiles; Penélope, por quien Ulises tuvo que dar muerte a los pretendientes; Medea, traidora a los colcos en favor de Jasón; o incluso en nuestra propia épica, la Cava, cuyos amores con el rey don Rodrigo fueron causa indirecta de la invasión musulmana (J. Gil, *art. cit.*, p. 29 cita el curioso paralelo —cf. Livio, 5.33.2-3— de la invasión gala en Italia, en relación con un conflicto similar de amores y traición), y las hijas del Cid, por quien su padre tiene que oponerse a los infantes de Carrión, etc. Que la lucha de Turno y Eneas por Lavinia resucitaba la discordia antigua por Helena, lo sugiere el propio Virgilio en *Aen.* VI 93-94 por boca de la Sibila: *causa mali tanti coniunx iterum hospita Teucris | externique iterum thalami.*

¹⁹ El esquema funcional trazado por V. Propp para los cuentos populares (*Morfología del cuento popular*, Caracas, 1977-1928) es en buena parte aplicable a la épica. Únicamente, la división que el folclorista ruso hace entre «donante» (persona que ofrece al héroe un objeto mágico que facilita su victoria) y «ayudante» (objeto mágico) no la precisamos aquí, puesto que ni Amata, Camila o Juturna dan nada al antihéroe. Las denominamos, pues, simplemente «ayudantes» o colaboradoras. Sí que se puede mantener el término «donante», en cambio, para Venus con respecto a Eneas, puesto que le hace regalo del escudo («ayudante») fabricado por Vulcano. Para la aplicación de estas categorías a la épica antigua, cf. M. D. N. Estefanía Álvarez, *Estructuras de la épica latina*, Madrid, 1977, esp. pp. 25-30 sobre ayudantes y objetos mágicos.

silvestre y en la caza, e imitadora en sus costumbres de la diosa Diana (*Met.* I 475-476):

siluarum latebris captiuarumque ferarum
exuuiis gaudens innuptaeque aemula Phoebes,

al igual que se decía de Camila (*Aen.* XI 569 y 576 ss.). Cuéntase que hizo promesa de perpetua virginidad (*Met.* I 486-489) y que era más veloz en la carrera que la ligera brisa (*Met.* I 502-503, cf. *Aen.* VII 807). Añádase a todo ello la especial relación de Dafne con su padre, el río Peneo, y tendremos la evidencia de inspiración en el modelo virgiliano. La deuda de las *Metamorfosis* con respecto a la *Eneida* es clara en muchos pasajes, pero especialmente en los últimos libros, afines por su temática a los de la *Eneida*. Por eso resulta más destacable esta reminiscencia virgiliana en el libro I²⁰.

El personaje de la doncella guerrera tiende a convertirse en un cliché de la poesía épica. Y así en los *Punica* de Silio Itálico, a principio de su libro II, el entusiasta imitador de Virgilio introduce, sin ningún precedente histórico que sepamos (cf. Livio), a la princesa Asbita, hija de Yarbas el garamante, que acude con una tropa de mujeres a guerrear en favor de Anibal en Sagunto. Hace primeramente su presentación en los vv. 56-88, y se cuenta más tarde su muerte en los vv. 148-269, según la misma doble referencia a Camila en la *Eneida*. Se la llama *regina* como a Camila y como en el caso virgiliano se hace hincapié en la figura de su padre —recordando en este caso su genealogía y sus dominios—. El personaje es caracterizado con los mismos rasgos que la joven volsca de la *Eneida*: 1) su virginidad y rechazo de todo compromiso matrimonial (v. 68: *ignara uiri uacuoque assueta cubili*, cf. *Aen.* XI 583-584; vv. 75-76: *spreti Ciconesque Getaeque/ et Rhesi domus et lunatis Bistones armis*, cf. *Aen.* XI 581-582); 2) su afición por la caza y su vida selvática (v. 69: *uenatu et siluis primos defenderat annos*, cf. *Aen.* XI 580; v. 72: *strauisse feras immitis amabat*, cf. *Aen.* XI 569); 3) su poca inclinación por las labores domésticas (v. 70: *non calathis mollita manus operataue fuso*, cf. *Aen.* VII 805-806); 4) su vinculación con Diana (vv. 71-72: *Dictynnam ... ama-*

²⁰ Sobre Virgilio en las *Metamorfosis* de Ovidio, cf. S. Döpp, *Vergilischer Einfluß im Werk Ovids*, München 1968, pp. 104-140, y A. Ruiz de Elvira, *Ovidio. Metamorfosis*, Barcelona, 1964, introd., pp. XXI-XXII, destacando ambas obras la utilización de la *Eneida* en los tres libros finales; pero véase este ejemplo de influencia en el libro I, y la descripción del ciervo de Cipariso (*Met.* X 110-125) imitada de la del ciervo de Silvia en la *Eneida* (VII 483-492).

bat, cf. *Aen.* XI 582); 5) su rapidez en la carrera (vv. 71-72: *et anhelum impellere planta cornipedem*, cf. *Aen.* VII 807-811); 6) su modo de adornarse la cabellera con horquillas de oro (vv. 77-78: *reliata fluentem Hesperidum crinem dono*, cf. *Aen.* 815-816); 7) su costumbre de llevar un costado al descubierto (vv. 78-79: *dextrumque feroci/ nuda latus Marti*, cf. *Aen.* XI 649), y coincidencias en algún que otro pormenor. Como Camila, muere Asbita en la batalla abatida por la clava de Terón, sacerdote de Hércules (*Pun.* II 197-200). Pero su muerte acarrea la venganza, según también en el poema virgiliano: Terón muere degollado por la espada de Aníbal (*Pun.* II 259-260) como Arrunte, matador de Camila, atravesado por una flecha de Opis (*Aen.* XI 864)²¹.

También en las *Argonáuticas* hace Valerio Flaco intervenir a las amazonas en auxilio de colcos y argonautas y en contra de los escitas, destacando entre ellas su reina Euríale, quien blandiendo la segur (arma que también empuña Tarpeya, compañera de Camila, según *Aen.* XI 656) mata a Gesandro, caudillo de los yáciges (VI 367-380), sin que de ello hubiera ninguna tradición en el mito argonáutico. La epopeya de Valerio Flaco, al ejemplo de los libros finales de la *Eneida*, da mayor cabida y desarrollo a los aspectos bélicos que las *Argonáuticas* de Apolonio (y seguramente que las de Varrón), obra que, manteniéndose más en la línea de la *Odisea* según reclamaba su materia, detallaba sobre todo el viaje de Jasón y los suyos, concediendo poco lugar a los combates²².

Aún cabe citar en la *Psycomachia* de Prudencio un nuevo botar de doncellas guerreras. La obra expone a lo largo de más de 900 versos la lucha del alma contra el pecado, y aparecen combatiendo a favor de aquélla las distintas Virtudes (Fe, Castidad, Paciencia, Humildad, Esperanza), personificadas y equipadas con las armas al uso y manera de las míticas amazonas. A ellas se oponen vicios como la Lujuria, la Ira, la Soberbia, que naturalmente resultan vencidos. El poeta las califica asiduamente de *Virgines*.

²¹ Sobre el virgilianismo de Silio Itálico, cf. M. v. Albrecht, *Silius Italicus*, Amsterdam, 1964.

²² Sobre el virgilianismo de Valerio y su tendencia a los episodios bélicos y heroicos, ampliando con ellos la materia tradicional y diferenciándose así de Apolonio, cf. W. Schetter, «La poesía épica romana» en M. Fuhrmann, *Literatura romana*, Madrid, 1985 (=Frankfurt am Main, 1974), pp. 124-128.

4. *En la literatura española del siglo XV*

Nos centramos a partir de ahora en nuestra literatura española²³. Hay en el XV una corriente literaria de signo feminista deudora del *De claris mulieribus* de Boccaccio. Las alabanzas prodigadas a las mujeres se ilustran con ejemplos de la historia, la Biblia o la mitología. Así, por ejemplo, Diego de San Pedro, al final de su novela *Cárcel de amor*²⁴, hace exponer a Leriano «veinte razones por que los hombres son obligados a las mugeres», y a continuación cita casos concretos que prueban la bondad de las mismas, y tras Lucrecia, Porcia, Penélope, Julia, Artemisa, Argía, Débora, Ester y algunas contemporáneas, alude a las vírgenes gentiles Minerva, Atalanta y Camila: «Camila, hija de Metabo, rey de los bosques, no menos que las dichas sostuvo virginidad»²⁵.

Asimismo, en el *Tratado en defensa de virtuosas mujeres* de Diego de Valera²⁶ es traída a colación Camila como ejemplo de castidad, junto a Atalante, Claudia, Minerva y otras en larga lista: «a Camila, reina de los Vosclos». Lo más curioso e interesante al respecto es, sin embargo, la nota explicativa²⁷ de su historia en los siguientes términos, añadiendo información (¿cuál era su fuente?) a los datos de Virgilio y Servio: «Fija fue de Methalo, rey de los vosclos, la cual fue asaz sin ventura en su nascer e non menos en su morir; que ella nascida, su madre fue muerta, e non mucho tiempo pasó que el rey, su padre, por la maldad de sus vassallos fue del reino desterrado, en tal manera que acompañado de sola Camila a los montes e selvas fue abitar, la qual crió con leche de fieras bestias; e ya venida en conplida hedad, al uso de la caça se dio; e después de algunt tiempo pasado, dexadas las muxeriles blanduras, al reino de su padre bolbió e por armas lo sojudgó; e como Eneas viniessen de Troya [e] la quisiesen tomar por muger, queriendo ella conservar su virginidad, al favor de Turno Rótulo

²³ Antes, en el siglo XII, en la literatura francesa, la reina Camila de la *Eneida* aparece en el *Roman d'Enéas*, según una libre recreación de los episodios virgilianos concernientes a la heroína: presencia que ha sido analizada y contrastada con su fuente por M. A. Petit, «La reine Camille de l'Enéide au Roman d'Enéas», *Colloque L'épopée greco-latine et ses prolongements européens*, Caesardunum XVII bis, París, 1981, pp. 153-166.

²⁴ Ed. K. Whinnom, Madrid, Clás. Castalia, 1983, pp. 160-171.

²⁵ K. Whinnom en su edición corrige *Macabeo* del original y de todas las modernas ediciones (que se explica como una deformación nominal más de las tan frecuentes en la literatura medieval) en *Metabo*, nombre verdadero del padre de Camila, según la *Eneida*.

²⁶ *Prosistas del siglo XV*, Madrid, 1959 (BAE, n.º 116), p. 67. Sobre el autor, v. introducción de D. Mario Penna a este mismo volumen.

²⁷ Ed. cit., p. 66.

recorrió e con su ayuda al dicho Eneas en campo puso batalla, en la qual, como gran vigor firiese los enemigos, por una saeta ferida en el pecho, fenesció»²⁸.

Tal vez las glosas de Enrique de Villena a su traducción de la *Eneida*, de haberse conservado completas, nos aclararían algo más sobre la cuestión de esas adiciones de Diego de Valera al testimonio virgiliano, pues el mismo autor cita a don Enrique como fuente en alguna de sus obras. Pero es sabido que sólo nos han llegado las correspondientes a los tres primeros libros²⁹, que no tocan por tanto de una manera directa al asunto de la intervención de Camila. No obstante, a propósito de *Aen.* I 490-493, donde se habla de las amazonas en Troya y de su reina Penthesilea, la glosa del marqués se refiere a Diana como fundadora de la amazonía, y continúa diciendo: «eso mismo en Ytalia la virgen Camilia, fija de metalivo esta vida y sectas *segund adelante en su lugar se dirá* [pero, como decíamos, no nos ha llegado esta parte de las glosas] e muerta. Diana falladora de la secta fueron otras reinas que la sucedieron e a todas ellas de sobrenombre llamaban Diana»³⁰.

5. En la literatura pastoril moderna

La ambientación pastoril de que Virgilio rodeaba a la muchacha (*Aen.* VII 816-817: *ut gerat ipsa pharetram/ et pastoralem praefixa cuspidem myrtum*; XI 569: *pastorum et solis exegit montibus aeuum*) condicionó su vigencia en los libros de pastores, y de ello

²⁸ A pesar de las noticias no virgilianas sobre Camila, el conocimiento de la *Eneida* por parte del autor, sin duda a través de la traducción de Enrique de Villena, parece probable por el resumen que de ella hace en su obra *Origen de Troya y Roma (Prosistas castellanos del siglo XV)*, I, Madrid, 1959, BAE n.º 116, pp. 155-159), en el que sólo hay dos detalles no virgilianos: la confusión del nombre de Lavinia, aquí llamada Latina; y la presencia de un tal Orbando:

«E como fuesen buenos cavalleros y valiesen mucho, Anchises y su fijo Eneas y Ascanio su fijo, y se partiesen de la cibdad después de su destrucción —muerto el rey Priamo e su muger Ecuba y todos sus fijos y Pulicena su fija, por mano de Pirro fijo de Archiles y puesto fuego a toda la cibdad, así que de allí partidos— y arribasen en Cecilia, afirmase Anchises allí ser muerto y enterrado. Y Eneas y Ascanio se pasaron en África y tomaron puerto en Cartago la grande, donde la reina Elisa Dido por entonce reinava. Con la qual algunos istoriadores afirman el dicho Enea averse casado. E después de algún tiempo aver con ella estado, desanparándola, se pasó en la Italia, donde estando se casó con Latina, muger que fuera de Turno toscano, fija del rey Latín, el qual señoreava toda aquella tierra, el qual fue padre del rey Orbando.»

²⁹ Mss. 17975 y 1874 de la Biblioteca Nacional. Se anuncia próximamente la *editio princeps* por P. Cátedra.

³⁰ Ms. 1874 BN, fol. 39 v.

da muestra la obra de Garcilaso (en 1543 publicada por vez primera). El mismo nombre de Camila tiene, en efecto, en la égloga II, vv. 170 ss. una pastora que muestra múltiple afinidad con la guerrera virgiliana³¹, aparte de conservar su nombre. Como aquélla, también la de Garcilaso fue dedicada desde pequeña a Diana (vv. 173-175):

En su verde niñez siendo ofrecida
por montes y por selvas a Diana,
ejercitaba allí su edad florida,

y la propia pastora invoca en ocasiones a la diosa (vv. 749-752 y 802). Conecta asimismo a ambas muchachas la mutua afición por la caza y especialmente la de aves: la volsca abatía a la gruya del Estrimón y al blanco cisne (*Aen.* XI 580), como la pastora del poeta español dice (vv. 200-202):

cualquier caza a entrambos agradaba,
pero la de las simples avecillas
menos trabajo y más placer nos daba.

De la Camila virgiliana la de Garcilaso guarda en buena parte su esquivez hacia el amor, aunque mantiene amistad y camaradería con el pastor Albanio. De aquella se contaba (*Aen.* XI 581-584) que sólo gozándose en Diana practicaba un amor inquebrantable a la virginidad y a las armas, como la propia pastora dice de ella misma (vv. 749-752):

... Dios ya quiera
que antes Camila muera que padesca
culpa por do meresca ser echada
de la selva sagrada de Diana.

Según la virgiliana (*Aen.* VII 807: *cursuque pedum praeuertere uentos*), también la de Garcilaso es rápida en la carrera, y Albanio encomia su celeridad recurriendo a la misma hipérbole de Virgilio (vv. 833-834):

... He muy gran miedo
que te me irás, que corres más que el viento.

³¹ Cf. el comentario de E. Rivers en su edición de las *Obras Completas*, Madrid, 1981, ed. Castalia, pp. 303-305. La vinculación de la Camila garcilasiana con la de la *Eneida* está explicada en mi *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid, 1980, pp. 607-611. Sobre el virgilianismo de Garcilaso, cf. M. Alcalá, «Del virgilianismo de Garcilaso de la Vega», *Revista de Filosofía y Letras de la Facultad de Letras de México*, 11, núms. 21-22, 1946, pp. 59-78 y 227-245; id., *Virgilio y Garcilaso*, México, 1940; M. J. Bayo, *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento, 1480-1530*, Madrid, 1959.

Por último, también la zagala, heredando el adorno de la guerrera (*Aen.* VII 815-816: *ut fibula crinem/ auro internectat*) lleva un «prendedero de oro» (v. 850).

Seguramente entre Virgilio y Garcilaso media Sannazaro en la prosa octava de su *Arcadia*, donde habla de una moza llamada Aragne, aficionada a la caza y dedicada a Diana desde niña («la quale, però che dai teneri anni á servigi di Diana disposta...»), pero de cualquier modo, el hecho de que Garcilaso nombre a la suya Camila, igual que Virgilio, y adopte para su personaje tantos otros rasgos de la amazona, prueba suficientemente que tuvo en cuenta la versión de la *Eneida*.

Continuando en el género bucólico nos detenemos en Lope de Rueda (¿1508?-1565), en cuyo coloquio pastoril titulado *Camila* (publicado por primera vez en 1567) da ya ese nombre a una pastora, un tanto desdeñosa de amores, que vive con su padre Socrato (y en esto revive a la virgiliana), aunque en realidad no es hija suya, sino recogida a la puerta de su majada. Es querida por un tal pastor Quiral, que se queja de su esquivéz: «... de aquella cruel pastora Camila, que la mayor parte de mis ansias acarrea...»³².

Introducido el personaje en la literatura bucólica, no era raro que arraigara, despojado ya de su antigua afición guerrera que en una obra pastoril no tendría cabida; y así los elementos que se explotan del personaje son su desdén hacia el amor y su vida en escenarios selváticos. De modo que la prosopopeya de la amazona Camila está en el origen de tantas bellísimas pastoras como pululan por nuestras novelas pastoriles.

Cervantes también en el *Quijote* (1605, fecha en que aparece la primera parte) sigue la misma tradición al presentarnos a la pastora Marcela (I 12) dotada de los siguientes rasgos camilescos, ya sobradamente conocidos: 1) vinculación exclusiva con el padre: «en nuestra aldea hubo un labrador... el cual se llamaba Guiller-

³² Sobre la vinculación con Virgilio de Lope de Rueda, v. A. Bleuca, «Virgilio en España en los siglos XVI y XVII», *Actes del VI Simposi. Secció catalana de la Soc. Esp. d'Estudis Clàssics*, Barcelona, 1983, pp. 64-65.: «El teatro castellano del Renacimiento comienza a dar sus primeros pasos... al arribo de las *Bucólicas*. En este teatro pastoril en verso el influjo de Virgilio se reduce a su extraña génesis. En cambio, en los coloquios pastoriles —*Camila* y *Timbria*— de un autor tan poco clásico a primera vista como es Lope de Rueda la huella virgiliana es evidente. Sus argumentos derivan de la comedia italiana y, sin embargo, del poeta latino —a través, quizá, de Sannazaro— parecen proceder las figura de algunos pastores, el ambiente arcádico y varios motivos. La harpía del Coloquio de *Timbria* está inspirada probablemente en la harpía Celeno de la *Eneida* y virgilianos son las competiciones con las descripciones de los vasos y el canto amebéo».

mo, y al cual dio Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre»; 2) especial hermosura que la hace deseable: «y así fue que cuando llegó a edad de catorce a quince años, nadie la miraba que no bendecía a Dios, que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella»; 3) intención de mantenerse virgen: «jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse, y que, por ser tan muchacha, no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio»; 4) vida en el campo: «pero hételo aquí que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora, y dio en irse al campo con los demás zagales del lugar», «yo nací libre, y para vivir libre escogí la soledad de los campos» (cf. *Aen.* XI 569: *solis exegit montibus aeuum*)³³.

6. *Otras reminiscencias cervantinas*

Por otra parte, abundando en el impacto que la figura épica hiciera en la obra cervantina, sucede que la protagonista femenina del *Curioso Impertinente* (*Quijote*, I 33-35) recibe el nombre de Camila.

Y en el *Persiles* (1617), donde la influencia de la *Eneida* va desde la misma organización estructural en dos partes (la primera por mar y la segunda por tierra) hasta la recreación de los mismos temas y motivos³⁴, aparece una tal doncella Transila que ya por el

³³ A. Marasso en su libro *Cervantes. La invención del Quijote*, Buenos Aires, 1949, pp. 47-48, tiene la intuición de relacionar a Marcela con Camila: «Marcela irradia, con su hermosura selvática, la fiera de la Camila de la *Eneida*. Contagiada de poesía pastoral, rompe esa urdimbre delicada; nacida tarde para vivir entre las armas, se entrega a su libertad —como si estuviera consagrada al culto de Diana—», pero deja huérfana su intuición de todo otro comentario y precisión de rasgos comunes. El libro de Marasso es interesante por destacar el poco comentado virgilianismo del *Quijote*: por ejemplo, el mismo pastor Grisóstomo, amante acérrimo de Marcela, antes de morir ordena entregar al fuego sus papeles, pero el amigo que ha dejado encargado de ello, se niega a hacerlo: recordando la muerte de Virgilio, su decisión de quemar la *Eneida* y la oposición a ello de Tuca y Vario, sus albaceas, de acuerdo con Augusto; por otra parte, su funeral según el *Quijote* recuerda el de Misenio en la *Eneida* (VI 189-212). Pero éste es un simple caso de los muchos que se alumbran en las páginas del profesor argentino.

³⁴ Citaré por la ed. de J. B. Avallé-Arce, Madrid, Clás. Castalia, 1978. Sinforosa, enamorada de Periandro (II, 17, p. 251), el extranjero que llega a su reino, y desengañada luego de tal amor, constituye una aventura cuyo modelo no es otro que los amores de Dido por Eneas, y así como Dido confidenciaba con su hermana Ana, Sinforosa lo hace con la suya, Policarpa, además de con Auristela. Aquellos versos de la *Eneida*, iniciales del libro II: *Conticuere omnes intentique ora tenebant, / inde toro pater Aeneas sic orsus ab alto*, aparecen recogidos en tales palabras del *Persiles* (I, 12, p. 111): «Enmudecieron todos y el silencio les selló los labios...

nombre, construido sobre el de Camila, nos da sospechas de virgilianismo. Y efectivamente se trata de un personaje arrimado al estandarte de la castidad, que defiende su honra contra las bárbaras costumbres de su patria, caracterizada por Cervantes frente a otras mujeres de la novela con las siguientes palabras: «menos tierna, más animosa, con varonil brío», y además criada al lado de su padre, una vez que su madre hubo muerto («creció esta muchacha a mi sombra —dice su padre—, porque le faltó la de su madre, a dos años de nacida», *Persiles*, I 12, p. 111 ed. Avallle-Arce).

7. *En la epopeya*

Pero el personaje procede de la epopeya, y es en la epopeya europea renacentista donde resucita con pujanza. G. Highet³⁵ lo destaca en estas palabras: «Varios de los más vívidos personajes de las epopeyas renacentistas están imitados de la épica grecorromana, o es ésta de alguna manera la que los inspira. Por ejemplo, la doncella guerrera, hermosa, virginal, ágil, fuerte y valerosa, que lucha en el campo condenado a perder, ejecuta grandes y denonadas proezas, sufre la derrota (y casi siempre la muerte), pero inspira amor y dolor apasionados en uno de los héroes adversarios. La Clorinda de la *Jerusalén liberada*, la Bradamante del *Orlando furioso* son dos de estas heroínas, y su hermana menor es la Britomart de Spenser. Aunque en la vida real existieron mujeres guerreras como Juana de Arco y Catalina Sforza, el modelo de estas for-

Mauricio soltó la voz en tales razones». Hay incendio y huida, transportándose a hombros los fugitivos unos a otros (pp. 69-70) como en la noche fatal de Troya (*Aen.* II). Hay encuentro con un perdido (p. 96), como en la *Eneida* encuentro con el compañero de Ulises, Aqueménides (III 590 ss.). Hay competición en juegos deportivos (p. 149 ss.) como en el libro V de la *Eneida*. Hay tempestad (p. 160) que recuerda la virgiliana del libro I. Monstruos marinos que devoran a un marinero (p. 240), réplica evidente de Escila (III 420 ss.). Y eco de las palabras de Eneas a sus compañeros supervivientes de la tempestad (I 198 ss.): *O socii... o passi grauiora... forsán et haec olim meminisse iuabit*, en éstas de Periandro: «Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser a mí agora contar mis trabajos en este sosiego...», y en estas otras de Renato (p. 261); «Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibió en sufrirlos». La lista podría alargarse aún más. Véase sobre el tema el lúcido trabajo de R. Schevill, «Studies in Cervantes. *Persiles* y *Segismunda*. III Vergil's *Aeneid*», *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences*, 13, 1907-1908, pp. 475 ss., que omite sin embargo algunas de las concomitancias aquí señaladas.

³⁵ *La tradición clásica*, México, 1978 (= Oxford 1949), I, p. 247.

midables doncellas es Hipólita, la reina de las Amazonas a quien Teseo conquistó, y de cuyo cinturón virginal se apoderó; y aquella otra Amazona del seno desnudo, Pentesilea, a quien dio muerte Aquiles; y por último Camila, que es la imitación virgiliana de este personaje». En lo que se refiere a la epopeya española, aparte de algunos calcos de Ariosto, no encuentro sin embargo ejemplos relevantes de esta tradición antigua³⁶. Pero sí al menos Ercilla, acordándose de las míticas amazonas y guerreras de la epopeya —y tal vez acomodando al tópico un hecho que acaeció realmente—, cuenta en las primeras estrofas del canto X de la *Araucana* (de 1569 la primera parte) cómo unas mujeres indígenas atacaron al ejército de los españoles:

Mirad aquí la suerte tan trocada,
 pues aquellos que al cielo no temían,
 las mujeres, a quien la rueca es dada,
 con varonil esfuerzo los seguían;
 y con la diestra a la labor usada
 las atrevidas lanzas esgrimían,
 que por el hado próspero impelidas,
 hacían crudos efetos y heridas.

Y precisamente en los vv. 3-5 de esta estrofa puede verse una segura reminiscencia («rueca», «diestra a la labor usada») de *Aen.* VII 805-806, versos referidos a Camila: *non illa colo calathisue Minervae/ femineas adsueta manus, sed proelia*³⁷. De las amazonas del mito griego se decía que para mejor combatir y disparar con el arco se cortaban un pecho, y la etimología de su nombre se suele explicar por esta circunstancia. Virgilio no decía lo mismo de Camila, pero la presentaba con un seno al descubierto (*Aen.* XI 803: *exsertam ... papillam*), lugar en el que precisamente recibe su mortal herida. Sin duda por sugerencia a partir de esta relación mítica y etimológica entre los senos y la amazonía, Ercilla resalta cómo a esas mujeres de su epopeya no les estorbaban para la lucha sus atributos femeninos:

no sienten ni les daban pesadumbre
 los pechos al correr, ni las crecidas
 barrigas de ocho meses ocupadas,
 antes corren mejor las más preñadas.

³⁶ Los romances sobre la doncella guerrera parecen coincidentes, pero no dependientes de esta tradición.

³⁷ Cf. G. Highet, «Classical echoes in *La Araucana*», *Modern Language Notes*, 62, 1947, pp. 329-331, que no se refiere para nada al ejemplo que comentamos.

8. *Algunas alusiones ejemplificativas*

Vistas ya algunas huellas significativas de Camila en nuestra literatura moderna, queda sólo añadir unas cuantas fugaces alusiones a ella, injertadas en un determinado argumento por la vía del ejemplo. Para lo cual podía haber servido como instrumento a los hombres de letras, sin necesidad de acudir a la *Eneida*, la *Officina* de Ravisio Téxtor, que incluye el nombre de la virgen volsca bajo los títulos de *Mulieres bellicosae* y *Cursor uelocissimus*³⁸.

Así en la *Diana Enamorada* (1564) de Gaspar Gil Polo, se menciona a Camila, junto con las amazonas, en un elogio de las mujeres puesto en boca de Florisia (libro V)³⁹:

Cuanto valgan en pelea
las femeniles personas
hazen que claro se vea
Camila y Penteseila
con las fuertes amazonas;
que si Scaevola mostrando
ser consigo muy cruel
su mano estuvo abrasando,
ella sus tetas cortando
fueron más valientes que él.

Así también en la *Austriada* (1584) de Juan Rufo (I, estrofas 37-39), encomiando las virtudes de la reina Isabel y especialmente su clemencia para los moros de Granada, contrapone su figura a la de las mujeres guerreras, tildándolas esta vez de indignas; y cita en último término, sin nombrarla, a la virgiliana:

Nunca la guerra hubiera tal remate
ni tal premio obtuviera su fatiga,
si Isabel, más que el fénix sola y rara,
presente en el rëal no se hallara.
No cual la madre del cobarde Nino
suplió esta falta en hábito indecente,
si bien con el esfuerzo peregrino
acaudilló en batallas tanta gente,
sino como mujer de aquel divino
Fernando, y como reina tan prudente,

³⁸ Basilea, 1566, p. 404.

³⁹ El editor, R. Ferreres, señala como posible fuente a J. Fernández de Heredia, en su apología de las mujeres, publicada en *Las obras de J. F. de H.*, Valencia, 1562.

que su valor y tocas delicadas
 prestaban el denuedo a las espadas.
 No meneó las armas con sus manos
 como en Éfeso un tiempo las más dinas,
 o la guerrera virgen que a troyanos
 entre las huestes persiguió latinas;
 que los triunfos de Marte soberanos
 son del femíneo sexo obras indinas:
 mal parecen varones femeniles
 y no bien las mujeres varoniles.

En la *Jerusalén conquistada* (1609) de Lope (III, estrofa 101), Sibila, mujer de Saladino, es parangonada con Hipólita y Camila:

Estaba la bellísima Sibila
 en un balcón mirando el sacro alarde,
 más varonil que Hipólita y Camila
 otro dichoso tiempo, y ya cobarde.

Como también con Camila, por su ligereza y rapidez, es comparada burlescamente en la *Gatomaquia* (1634) la gata Zapaquilda (silva II 104-108), recordando aquella hipóbole virgiliana de *Aen.* VII 808-809 (*illa uel intactae segetis per summa uolaret/ gramina nec teneras cursu laeisset aristas*):

Huyóse al fin la gata, y con el miedo
 tocó las tejas con el pie tan quedo,
 que la amazona bella parecía
 que por los trigos pálidos corría
 sin doblar las espigas de las cañas.

Sin duda una búsqueda más paciente alargaría la lista que hemos presentado, pero sea ya bastante para ilustrar las recreaciones, metamorfosis y reminiscencias de que ha sido objeto el personaje. Tipo éste verdaderamente singular, que contradice vivamente en sus actos la contemporánea proclama de *faire l'amour, pas la guerre*. Hija, no en vano, del poeta de Mantua al que llamaban *Parthenias*.

VICENTE CRISTÓBAL
Universidad Complutense de Madrid